

Henrich Keller, unas horas en la noche.

por: BlackChapel miniatures

Le picaban los ojos, hacía ya horas que el sol dejó de entrar por el estrecho ventanuco de la sala de lectura. Parpadeaba y bizqueaba de tanto en cuanto.

La lectura le tenía absorto y sus dedos recorrían nerviosos los cantos del grueso tomo.

Echó una rápida mirada furtiva a las velas casi consumidas que iluminaban tímidamente de la oscuridad de la estancia. Aguantad un poco más, pensó mientras se frotaba la cara con el reverso de la mano manchada de tinta. Siempre están tan negras...

Releyó esa última parte rápidamente.

Ya no se asombraba como antes de lo veloces que pasaban las páginas, y de cómo avanzaban los relatos. En un instante podía transformarse en héroe o caballero, y experimentar la vida de aventuras e intrigas de tal o cual señor. La lengua antigua ya no tenía secretos para él. Era su cómplice en mil y un historias olvidadas. Mitos de un tiempo pasado, lejano, remoto.

Las páginas empezaban con relatos tan absurdos y fantásticos que parecían propios de los que cuentan las viejas para asustar a chiquillos ingenuos. No quería dormir, nunca quería.

El silencio le gustaba, le hacía ver nítidamente las imágenes que escondían las palabras. Y siempre acudían sueños después, maravillosos, extraordinarios y aterradores. Aunque los sueños eran más comedidos y mesurados que los relatos que narraban los centenarios pergaminos. Después de leer largas horas, llegó a la conclusión de que el autor era un genio proverbial de imaginación prodigiosa, o bien esas locuras insensatas guardaban en su interior bastante verdad.

Empezaba a tener los ojos enrojecidos. Pensó que no podría vencer al cansancio solo con la voluntad. Continúo leyendo, pero por un instante lo hizo con un ojo cerrado, tratando así de proporcionar algo de descanso al otro.

Llegado a un punto, supo que no quedarían muchas páginas. Era una historia que conocía bien, ya no recordaba desde cuándo. Se la habría escuchado a algún bardo en la juventud, o quizá incluso antes.

Los relatos sobre el Emperador Santo¹ eran numerosos, y sin duda este sería el último de ellos. “La traición de la daga de cristal”, era su nombre y narraba la caída del último de los emperadores de la Llama Azul².

Pensó que tras este sería suficiente. Cuando acabase descansaría.

Las historias del antiguo Imperio siempre le fascinaban, tenían algo clásico, casi canónico, pero impregnado de un exotismo arcano y misterioso. Era un mundo muy diferente. Imposible de imaginar, ni de creer.

La tierra cambio, eso todo el mundo lo sabe. En lo días del cataclismo, los mares se engulleron campos, pueblos, ciudades y las montañas se quebraron. Pero era más que aquello. Era un tiempo de los reyes paganos, de antiguos dioses al sur de las montañas, de las poderosas reliquias y de hechiceros herejes aconsejando a grandes señores. La humanidad parecía joven, audaz e ingenua. El poderío del hombre crecía, guiados por los ángeles y hombres como aquel. Un tiempo plagado de héroes legendarios.

Leía veloz, la historia era muy familiar, cambiaban detalles aquí y allá. Pero todo transcurría como tantas veces. Los viejos Dioses eran nombrados en infinidad de ocasiones como ocurría siempre en los textos antiguos.

Aquellos Dioses con ambiciones y debilidades humanas, que fueron desapareciendo de los cielos hasta dejar al único Dios verdadero.

Eruditos y teólogos han llenado centenares de páginas tratando el tema. En las aulas de la universidad de Märterash³ o de La Ciudad Blanca⁴ siempre hay sabios hablando al respecto. Interpretando pasajes de la profecía o divagando sobre el credo y la fe.

Parpadeo pesadamente, para tratar de aliviar el maldito picor. Cuando volvió a abrir los ojos tardo un segundo en poder centrar la vista en las pequeñas letras.

¿Por dónde llegaba? Aquí, dijo para sí mismo.

¹ Valerio Vero uno de los Emperadores más famosos y recordados del Antiguo Imperio. Con el paso de los años sería recordado y venerado con el nombre de Sanct Valerio.

² Los “Llama Azul” son una familia que ostentó el poder en el Antiguo Imperio.

³ La ciudad de Märterash conocida sobre todo por su afamada universidad y por su espléndida colección de reliquias, entre las que destaca las cenizas de Sanct Alban.

⁴ Civitas Alba fue la capital del Antiguo Imperio, conocida como “la Ciudad Blanca” allí se encuentra la ciudadela prohibida sede del poder de la Iglesia y el Trono del Príncipe de los Hombres. Durante el cataclismo la práctica totalidad de la península se hundió bajo las aguas, solamente sobrevivieron unas pequeñas islitas entre las que se encuentra “la Ciudad Blanca”.

El emperador llevaba largo rato recitando sus últimas palabras. Palabras de piedad y fervor, consejos premonitorios, cuasi proféticos. Sin duda puestos en su labios de manera póstuma, para asegurar sucesiones futuras.

Le seguían sorprendiendo las palabras atribuidas a estos héroes legendarios. Siempre con ese verbo tan exquisito e ingenioso, digno del mejor dramaturgo.

Tras la muerte del Emperador, el relato continuaba. La Venganza. Tan fulminante y espantosa como la traición perpetrada. Descrita como una advertencia de los Dioses a toda la humanidad, un castigo ejemplar.

Se restregó la yema de los dedos por los parpados y continuo con la lectura. Solo un poco más.

La mirada saltó de párrafo en párrafo. Eso lo conocía muy bien. En el funeral todo era pompa, halagos y exaltaciones a la virtud del difunto. Aunque había conocidas excepciones...

La historia siempre la escriben los vivos, le solía decir el Maestro. Uno podía ser “el Justo” o “el Cruel” dependiendo de quién lo narrara.

Un aura de honor y gloria era lo habitual entre los primeros emperadores. En su caso más aún. Él sería Santo, sus restos reliquias, su imagen venerada.

Repaso el dibujo que llenaba el espacio al final de la página. Un Emperador yacente vestido con una resplandeciente armadura moderna, con cuatro llamas de fuego azul. El gran espadón Sagrado⁵ encima del pecho. La dorada aureola en la cabeza símbolo la virtud y santidad.

Ramas trenzadas llenaban el espacio hasta el mismísimo borde del pergamino. Un trabajo excelente, muy detallado y minucioso. Seguramente obra de los monjes copistas de Sanct Arvo⁶. Se dice que la biblioteca bien parece una ciudad, lástima que esta esté vetada a forasteros.

Se levantó. Noto el trasero y la espalda doloridos por el duro asiento. Cerro el grueso tomo, y este produjo su característico sonido grave y seco. Aunque para sus oídos fue un terrible estruendo en aquel silencio nocturno. Acto seguido lo escondió bajo varios de los libros que se acumulaban en el escritorio.

No sabía bien porque hacia eso. El viejo Maestro nunca le había juzgado por el tema de sus lecturas, o al menos es lo que le decía. Los días en los que hojeaba los libros en busca de

⁵ La Santa Espada, el más preciado don de Dios a la humanidad, un arma de un poder inimaginable.

⁶ Muy al sur, en Altreich a los pies de las Colinas Einhorn se encuentra la ciudad de Sanct Arvo. La Orden fundada por el Santo construyó el monasterio y la catedral. La biblioteca de la ciudad se cuenta entre las más extraordinarias de toda la tierra, aunque la inmensa mayoría de la salas estén reservadas únicamente a los miembros de la Orden de Sanct Arvo.

información sobre magos y hechiceros, pasaron hace ya tiempo. Aun recordaba los latidos acelerados y el miedo. Noches de terribles pesadillas en las que inmensas hogueras ardían, y sacerdotes de rostro cadavérico le aullaban, ¡Hereje, hereje!

En alguna ocasión los sueños terminaban cuando sus propios gritos le despertaban, en el lecho, sudoroso y aterrado. Mentir al Maestro era lo que peor llevaba. ¡Lo sabrá!, siempre lo sabe todo.

Aunque nunca dijo nada. El Maestro tendría sus propios secretos, no le cabía duda. Le debía la vida, por poco que valiese y esta es una deuda que jamás podrá ser saldada.

Cogió el candil, la vela danzaba tímidamente. La luz hizo que notase los ojos más secos aun. A este paso acabare necesitando lentes de vidrio como el viejo Maestro.

Empezó a moverse. El recuerdo continuaba vivo en su mente, noches de oscuridad cerrada en las que reunía el valor para indagar en secreto. Conseguía leer, un fragmento aquí, unas palabras allá. Nervioso vigilaba constantemente la sala, agudizando el oído, al menor sonido saltaba como un resorte para ocultar su lectura. Siempre tenso, hasta la noche en la que tuvo unos sueños especialmente terribles. Unas pesadillas causadas por el Libro y dominadas por la culpabilidad. Ya era demasiado, esto lo matará o haría que lo matasen. A él y seguramente al Maestro también. Y al fin tomo la decisión que hace tiempo debió ser tomada.

Nunca más.

Ahí estaba, grabado en su memoria el mutilado manuscrito. El destino logro salvarlo del fuego, silenciado y enmudecido en parte por la censura de la Iglesia. Párrafos negros como el carbón, palabras tachadas y multitud de páginas arrancadas. Como la sonrisa de un mendigo.

Se sorprendió tratando de leer los márgenes de las hojas rotas o escudriñando entre los tachones. ¿Qué le llevaría a tener tanto interés? ¿Cómo podía atraerle tanto?

Lo que pudo descifrar le produjo una extraña sensación. Como si estuviera saturado de estímulos. Se sintió capaz de percibir mil y un cosas a la vez. Sensaciones que jamás había experimentado, imposibles de expresar con palabras. Como si un ciego viese todos los colores por primera vez. Una experiencia abrumadora.

Algo dentro le decía que era un secreto que nunca debió ser desvelado. Y eso le hizo asustarse realmente de sí mismo. Aquello era más que pecado. Según nos dice la Iglesia, atenta directamente contra el orden de Dios. No puede haber crimen más vil.

Una blasfemia, una herejía. Recordó por un momento los sonidos de las inmensas hogueras, el crepitar de las llamas, los chasquidos de la madera ardiendo y los gritos. Los gritos de los condenados. Aun le helaban la sangre como el primer día. Sirviendo al Maestro se había visto

obligado a presenciar muchos de estos juicios. Eran experiencias aterradoras, sin embargo siempre acudía mucha gente, como si fueran espectáculos de una compañía de teatro o unos juglares.

Sacudió la cabeza con disgusto.

Con gusto hubiera borrado el recuerdo de aquella noche, de aquel libro. Nunca más.

El eco de sus pasos le acompañaba en el camino en la silenciosa noche. Siempre pensaba con más claridad en la noche, el silencio le ayudaba a comprender mejor. Se sentía cómodo en soledad, en la compañía de los libros y del calor de una vela.

Estaba cerca. Empujo la puerta con suavidad y entró en las habitaciones poniendo mucho cuidado de no despertar al viejo Maestro.

Noto el calor al entrar, las brasas estaban casi consumidas e iluminaban tenuemente las paredes con tonos rojizos. Pudo oír claramente la pesada y lenta respiración del Maestro, durmiendo a unos metros en el enorme camastro, casi enterrado en mantas.

Un poco más allá se encontraba el suyo mucho más pequeño y humilde. Pero por suerte no demasiado alejado del hogar. Con los primeros rayos de sol se despertaría o incluso antes, para atender al Maestro y cumplir con sus obligaciones.

La luz que le había servido de guía bailaba tenue. Se frotó los ojos por última vez justo antes de apagar la vela de un soplo. Y el sueño llegó al momento.